

## **Una experiencia inolvidable**

¡Que contrastes! El día era gris. Nos cubría una bóveda oscura y amenazadora de lluvia que no nos animaba a viajar. Sin embargo, la estancia en la ONCE, el trato de su gente, era tan acogedor y agradable que nos sentimos como en casa.

Eran sobre las 10 cuando cruzamos los umbrales hacia un mundo diferente, pero no por ello menos importante. Dirigí mis ojos a un lado y otro y a simple vista, eran trabajadores normales de una oficina. Una guía ciega, sin nosotros decirle nada, se acercó y nos condujo al interior de una gigantesca sala. Ella misma nos explicó el contenido de lo que íbamos a hacer. Yo estaba alucinando por momentos de ver con qué soltura se movía a pesar de su ceguera y lo bien que se expresaba. Nos enseñaron a través de una película simpática y divertida la actitud que debemos tomar ante la presencia de un ciego en cualquier momento del día y lugar. Son personas que sólo no ven, pero sienten y se desenvuelven como cualquiera de nosotros. Sólo hay que ayudarles, pero con naturalidad, si lo piden y lo necesitan.

Fuimos los últimos en acabar de descifrar el mensaje en braille, y, por lo tanto, nos tocó nuestra tutora Inés. Mientras esperábamos a la monitora que nos conduciría al primer piso, tuve tiempo de observar el salón tan impresionante en el que estábamos. Pensé en la cantidad de obras de teatro que se podrían hacer en el

escenario. Me vi por un segundo en medio de actores, unos videntes, otros ciegos, disfrutando del espectáculo en el que yo era también actor.

¡Vamos! –era la voz de la monitora. Entramos en la sala de mis sueños. Yo soy un fanático de los ordenadores y aluciné de ver lo modernos que eran todos los que había en aquella sala. ¡Qué pasada! ¡Qué bien manejaba aquel señor ciego la maquinilla parlante! No menos embobado me dejaron las otras. Me hubiera quedado allí toda la mañana.

En el simulacro de la calle sólo pensaba no caerme; estaba todo preocupado de que se rieran mis compañeros. Me prometí: “jamás me reiré de una persona ciega o minusválida, antes bien le ofreceré mi ayuda”.

No podía terminar mejor mis vivencias en la ONCE, un partido de “golball”. Había oído hablar de él, pero jamás lo había experimentado y, menos con los ojos tapados. Me sentí cómodo el tiempo que duró el partido, aunque perdimos. Fueron más hábiles los contrarios.

Para terminar, me gustaría dar las gracias a todos los que trabajáis en la ONCE por lo que hacéis y, por habernos invitado a conoceros mejor.